

Los orígenes de la universidad en Europa y los desafíos del futuro

MARCELINO AGÍS VILLAVARDE
Universidad de Santiago de Compostela

1. LOS ORÍGENES

Las primeras universidades nacen en la Europa del siglo XIII, cuando ya declinaba la Edad Media y los humanistas medievales preparaban el camino al espíritu de un nuevo período histórico: el renacimiento. Es difícil precisar cuál es la primera y, para nosotros, una cuestión menor. Hay autores que defienden que la primera Universidad es la de Bolonia, porque en dicha ciudad funcionaba una Escuela de Derecho que existía desde principios del siglo XI. Para otros, en cambio, «la primera Universidad constituida como tal, con sentido ‘universal’ en lo tocante a los estudios, con la base de las cuatro facultades clásicas: teología, derecho, medicina y artes liberales y con sus graduaciones y el otorgamiento de títulos, fue la de París. Es cierto que antes se estudiaba Medicina en Salerno y derecho en Bolonia, pero una ‘facultad’ no constituye a la Universidad»¹.

Sin ánimo de polemizar sobre si fue o no la primera, lo cierto es que la Universidad de París en el siglo XIII era el centro intelectual más importante de toda la cristiandad. A dicha universidad acudían estudiantes de todas las regiones de Europa y su claustro de profesores estaba integrado por maestros «italianos» como Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura; alemanes, como San Alberto Magno; ingleses como Roger Bacon; escoceses como Juan Duns Escoto, entre otros. Era, sin lugar a dudas, una Universidad en sentido pleno, enriquecida por sabios maestros llegados desde todos los rincones de Europa.

¹ MONTEJANO, B.: *La Universidad. Ayer, hoy y mañana*, Nueva Hispanidad Académica, Buenos Aires, 2001, p. 128.

De esta manera, la universidad europea nace con una clara vocación universal, resolviendo de forma ejemplar los problemas que tanto entonces como ahora son inherentes a dicho carácter universal. En primer lugar, el problema **lingüístico**, pues, a pesar de esta diversidad de procedencia de estudiantes y profesores, en la Universidad de París no existía problema alguno de comunicación. El latín era la lengua común, la *koiné* académica y cultural que permitía esta internacionalización universitaria y la comunicación intelectual. En segundo lugar, la cuestión del **reconocimiento legal** de los estudios realizados. En efecto, merced a los privilegios y fueros concedidos por reyes y papas, los grados que la Universidad concedía tenían validez en toda la cristiandad. Los **títulos** que se conferían, de acuerdo con la estructura propia de los estudios universitarios, eran tres: bachiller, licenciado y doctor. En tercer lugar, se atienden los problemas derivados de la movilidad de estudiantes. De esta manera, para el **alojamiento** de los estudiantes con pocos recursos surgen los colegios universitarios. El más célebre de los parisinos fue, probablemente, el fundado por Robert de Sorbon en 1253 que acabó dando nombre a la propia Universidad de París, bautizada como «La Sorbonne». Un último aspecto, tiene que ver con el **gobierno de la Universidad**. Buena parte de las primeras universidades europeas nacieron de la mano de la Iglesia, en muchos casos como evolución de las viejas escuelas catedralicias o monacales, pero antes o después, van cediendo el control y gobierno de la institución a manos civiles. En el caso de la Universidad de París nos dice Mondolfo que

«surge como ‘*Universitas Magistrorum*’ sometida a la jurisdicción del canciller (*cancellarius*) de la catedral, quien es el director de la enseñanza. Pero como la totalidad de los maestros y escolares (*Universitas magistrorum et scholarium*), aquí también se organizan durante el siglo XIII en ‘naciones’, según la procedencia geográfica y las afinidades étnicas y lingüísticas, que determinan una distinción en cada nación, así estas agrupaciones particulares entran en lucha mutua por el nombramiento del rector, que debe ser el jefe de todas, y el rector además entra en lucha con el canciller, y termina por tomar su puesto como jefe de la Universidad»².

En cuanto a la **metodología docente** apreciamos una extraordinaria coincidencia tanto con los géneros literarios medievales, en particular con el Comentario y la *Quaestio*, como con el espíritu de una época en la que se organizaban públicas disputas entre caballeros y torneos en los que se demostraba la destreza con las armas. Las armas, en el caso de la docencia universitaria, son las de la dialéctica y de la oratoria puesto que el método de enseñanza reposaba fundamentalmente sobre la *lectio* o lec-

² MONDOLFO, A.: «Origen de las Universidades», en Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, n° 3-5, 1964, p. 43.

ción magistral sobre un tema y la *disputatio* o discusión en la que se exponía una tesis, los argumentos a favor o en contra, habitualmente refiriendo las autoridades sobre la materia, el planteamiento de las objeciones, solución de dificultades y las conclusiones. Un magnífico ejemplo de esta estructura podemos apreciarlo acercándonos a cualquiera de los artículos de la *Suma Teológica* Santo Tomás, auténtico rascacielos del pensamiento medieval. La discusión era un arte, que implicaba un conocimiento no sólo del tema a tratar sino ciertos rudimentos de gramática y lógica, y que desde luego tenía unas reglas muy precisas que el profesor, verdadero guía y supervisor del proceso, era el encargado de velar por su cumplimiento.

Todas las Universidades europeas van a compartir los principios y el espíritu que acabamos de mostrar tomando a la Universidad de París como referencia prototípica. Habrá diferencias, como es natural, porque cada universidad nace y se desarrolla en una particular circunstancia. Ortega y Gasset alude a las diferencias entre las universidades inglesas y las continentales³. Sabemos por la historia que la Universidad de Oxford es una de las primeras universidades europeas. Tiene su origen en la escuela catedralicia de esta ciudad y es reconocida como tal universidad en un documento oficial que data de 1214. En Oxford prestaron especial atención al estudio de las ciencias naturales, disciplinas que en París eran menos seguidas. Nace, de este modo, un interés por las ciencias sin el cual es imposible entender los comienzos del empirismo, corriente filosófica que daría personalidad propia al pensamiento anglosajón frente al continental. Entre los profesores que con más ahínco defienden esta posición figura Roger Bacon, curiosamente profesor también en París, para quien el progreso en el conocimiento humano reposa sobre la base de una ciencia experimental que estudie la naturaleza en profundidad.

Así pues, las diferencias estructurales de las universidades inglesas podemos explicarlas en función de su particular evolución histórica. Una estructura que descansa fundamentalmente en los colegios (*colleges*) y cuya agrupación acabaría absorbiendo a la propia Universidad. A pesar de estas y otras diferencias, que a lo largo de los siglos han consolidado tradiciones universitarias diferenciadas en los distintos países europeos, Ortega y Gasset habla de una fisonomía homogénea en las universidades europeas. Se trata de instituciones que comparten, como acabamos de ver, un mismo espíritu y una misma identidad que responde a una concepción unitaria de los estudios superiores impartidos en las distintas Facultades y a una confluencia en lo relativo a los fines.

³ «Cualesquiera que sean las diferencias de rango entre ellas, todas las Universidades europeas ostentan una fisonomía que en sus caracteres generales es homogénea... lo que importa comparar entre unos y otros países es el hecho de las tendencias dominantes hoy en los organismos universitarios, y no el grado de su realización, que es, naturalmente, distinto aquí y allá». ORTEGA Y GASSET, J.: «Misión de la Universidad», O.C. IV, Alianza Ed., Madrid 1983, p. 317.

2. CONCEPTO Y OBJETO DE LA UNIVERSIDAD

Una visita al origen etimológico del término «universidad» nos confirma este espíritu que no sólo comparten las primeras universidades europeas sino que es, además, condición para que puedan ser consideradas como tales: la unidad en la diversidad. En efecto, el término «universidad» procede del latín «*universitas*» y está relacionado a su vez con «*universus*»: universalidad, totalidad, conjunto. Se trata de un término que está integrado por dos palabras: «*versus*», que significa «hacia», «en la dirección de» y «*unum*» que significa uno, la unidad. La Universidad debe, por lo tanto, encaminarse hacia la unidad, en su caso del saber, aunque esté compuesta por distintas Facultades. A esta doble unidad, la **corporativa**, que reúne a profesores y estudiantes (*Universitas magistrorum et studentium*), y la del **saber** o saberes (*Studium generale*), se refiere Alfonso X el sabio cuando en sus *Partidas* define a la Universidad como «ayuntamiento de maestros, e de Escolares, que es fecho en algún lugar, con voluntad y entendimiento de aprender los saberes»⁴. La fórmula nominal que alcanzará fortuna histórica y que va a consolidarse es la primera, la de universidad, designando ambos aspectos: el gremial y el científico⁵.

En cuanto al saber son varios los autores que coinciden en señalar que el fin último de la universidad naciente es la búsqueda y transmisión de la verdad. Su búsqueda le compete a la investigación y su transmisión a la docencia, las dos funciones básicas de la institución universitaria. Una verdad que persiguen los promotores religiosos, preocupados por armonizar la razón y la fe como vías de conocimiento para llegar a la Verdad con mayúsculas en la que creen. En su obra *Iglesia, ecumenismo y política*, aparecida en español en el año 1987, el entonces cardenal Ratzinger nos dice al respecto que «la universidad nació porque la fe consideraba posible la búsqueda de la verdad e impulsaba a esta búsqueda, de tal modo, que posteriormente requirió la extensión de su ámbito a todos los campos del conocimiento humano, naciendo así las diversas facultades. Éstas, a pesar de la diversidad de sus propios objetos, estaban sustentadas por la orientación común de buscar la verdad, cuya posibilidad estaba garantizada en último término, como lo reconocían todas las facultades, por la facultad de teología»⁶. Para el intelectual español Pedro Laín Entralgo la Universidad tiene también como principal cometido la búsqueda de la verdad, hasta el punto de conver-

⁴ *Las siete Partidas del muy noble rey don Alfonso el sabio*, Segunda Partida, título XXXI, Ley I, edición de Gregorio López, Compañía general de impresores y Libreros del reino, Madrid 1843, Tomo I, p. 648.

⁵ Cf. BALIÑAS FERNÁNDEZ, C. A.: *El sentido de la Universidad*, Discurso Inaugural leído en la solemne apertura del curso académico 1979-80, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 1979.

⁶ RATZINGER, J.: *Iglesia, ecumenismo y política*, BAC, Madrid 1987.

tir en un deber de los universitarios alcanzarla. «Lo primario en nosotros, –nos dice– aquello por lo cual somos universitarios, es justamente un hábito de servicio: servimos a la expresión de la verdad, y frente a la verdad no caben derechos. Si en cuanto hombres, sólo podemos conquistar y gozar astillas de verdad, y si, como es patente, la verdad nos envuelve, nos penetra y puede más que nosotros, frente a ella, sólo cabe el deber»⁷.

3. LA METAMORFOSIS HISTÓRICA

Así pues, los objetivos y los fines de la naciente universidad están bien definidos. Se trata de una comunidad de profesores y estudiantes que, aunque agrupados en distintas facultades, tienen como finalidad común la búsqueda de la verdad, concepto que da unidad a la pluralidad de los saberes.

Ahora bien, a medida que la universidad se transforma al sufrir los efectos de la secularización que afecta al pensamiento y a la cultura, pierde progresivamente también los principios teológicos y humanistas fundacionales. Así, a la **universidad teológica** de finales de medioevo le sucede la **universidad filosófica** renacentista, en la que se angosta severamente la investigación de la verdad revelada. La razón humana reivindica su plena autonomía frente a la fe. El hombre pretenderá sustituir a Dios y se erigirá en medida de todas las cosas. La universidad renacentista, sin embargo, posee un amplio horizonte humanista, en parte merced a la filosofía que ofrece respuestas, si no absolutas, por lo menos si elaboradas sistemáticamente a los grandes interrogantes del hombre: ¿quién soy? ¿cuál es mi lugar en el mundo? o ¿qué me cabe esperar?

Veremos aparecer muy pronto a la **universidad científica**, caracterizada por el desarrollo de las ciencias particulares, incorporando teorías y descubrimientos de hombres muchas veces ajenos a la propia institución. Una Universidad que acabará entregándose en los brazos del positivismo, como si la ciencia pudiese resolver todos los problemas de la humanidad y construir para el hombre un mundo feliz. Históricamente se corresponde con la época moderna y llega hasta el siglo XIX, siglo por excelencia del positivismo. Los efectos perversos de esta universidad científica los resume el profesor Bernardino Montejano en los siguientes términos: «la Universidad científica al prescindir de los estudios teológicos, pero también de los filosóficos, ha restringido más aún el campo de indagación. Los ‘sabios’ formados en ella, son personas que

⁷ LAÍN ENTRALGO, P.: *Sobre la universidad hispánica*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid 1953, pp. 13-14.

conocen cada vez más un sector cada vez más pequeño de la realidad. Son ‘sabios’ incultos, exponentes de lo que Ortega llamará la ‘barbarie del especialismo’»⁸.

Por último llega la **universidad profesional**, la que se corresponde con la época contemporánea o más exactamente con la época actual. Más que buscar la sabiduría o la ciencia se busca un título que habilite profesionalmente y que nos coloque cuanto antes en el mercado laboral. Si es preciso acometer reformas estructurales de los programas de estudio y de las titulaciones, háganse. Pero el mercado necesita contar mucho antes con los profesionales y eso exige una duración más breve de las carreras y estudios universitarios. La búsqueda de la Verdad con mayúscula o incluso con minúscula queda tan lejos que nadie se acuerda de ella. A nadie parece preocuparle tampoco la unidad de la ciencia y del espíritu universitario que en otro tiempo armonizó la diversidad y la unidad. Cada facultad universitaria es un universo independiente y la universidad es como mucho eso que los sindicatos corporativos llaman la «empresa». ¿De qué empresa se trata? Todo parece indicar que estamos ante una fábrica de profesionales y especialistas, una fábrica de mercaderes que utilizan los estudios universitarios como medio de lucro. Un patrón que se impone ampliamente porque es el Estado quien controla a las Universidades públicas que son las correas de transmisión de esta nueva concepción en materia de educación superior. Una concepción muy pronto globalizada porque vivimos en la era de las tecnologías de la información y las comunicaciones y la movilidad de estudiantes y profesores es su logro más apreciable.

4. EL PORQUÉ DE BOLONIA

En razón de ello es necesario adoptar las medidas legislativas y administrativas que faciliten dicha movilidad, creando un espacio europeo de enseñanza superior que nos permita competir con las universidades de referencia en el mundo, especialmente las norteamericanas. De nuevo el mercado y sus leyes inflexibles convierten a la Europa de las Universidades, del saber y de la cultura en la Europa de los Mercaderes. Y en este contexto nace la Declaración de Bolonia, una solución perfecta para afilar las zarpas de la «competitividad del sistema europeo».

Es cierto que en su preámbulo la Declaración de Bolonia, firmada el 19 de junio del año 1999 por una treintena de responsables políticos en materia educativa, habla de fortalecer no sólo la dimensiones científicas y tecnológicas sino también la intelectual, cultural y social. Bellas palabras que hablan de la necesidad de compartir

⁸ MONTEJANO, B.: Op. Cit., p. 162.

valores y de un espacio social y cultural común. Pero son eso, bellas palabras, sobre todo si tenemos en cuenta en qué se concretan las medidas efectivas que se adoptan a partir de dicha Declaración y qué objetivos se proponen lograr:

- 1) «La adopción de un sistema de titulaciones fácilmente comprensible y comparable, incluso a través de la puesta en marcha del Suplemento del Diploma, para promocionar la obtención de empleo y la competitividad del sistema de educación superior europeo».
- 2) «Adopción de un sistema basado esencialmente en dos ciclos fundamentales», que después de un cierto baile en su denominación queda establecido en lo que conocemos como Grado y Postgrado, abarcando este segundo ciclo dos niveles: el master y el doctorado.
- 3) «Establecimiento de un sistema de créditos –similar al sistema de ECTS– como medio adecuado para promocionar una más amplia movilidad estudiantil».
- 4) «Promoción de la movilidad».
- 5) Asegurar la calidad de la enseñanza, desarrollando criterios y metodologías comparables.

Medidas todas ellas de carácter técnico para adoptar un verdadero espacio común europeo en materia de educación superior. En cuanto al plazo para que estas reformas sean efectivas en los distintos países europeos, los responsables gubernativos en materia educativa (ministros y secretarios de estado, sobre todo) que firman la Declaración de Bolonia se comprometen a «alcanzar en un breve plazo de tiempo, y en cualquier caso dentro de la primera década del tercer milenio», los objetivos incluidos en dicha Declaración.

5. UNIVERSIDAD Y NUEVO HUMANISMO

Como se ve, la Universidad, con Bolonia, vuelve aparentemente a sus orígenes: internacionalización de los estudios, movilidad de estudiantes, sistema de reconocimiento legal de los títulos en todos los países europeos, estructura homogénea de las enseñanzas universitarias en Europa. Incluso la *Koiné* lingüística, que las universidades medievales y renacentistas habían hallado en el latín, la encontramos ahora en el inglés, una especie de nuevo latín que se ha consolidado como lengua de comunicación internacional, también en el ámbito de la ciencia y de la enseñanza superior. Pero esta vuelta a los orígenes de la universidad europea es sólo aparente. En realidad, falta uno de sus rasgos esenciales y definitorios de la Universidad: el espíritu humanista y

el deseo de hallar la verdad para después transmitirla. Un espíritu que, como hemos dicho, no sólo unificaba a las distintas facultades sino que dotaba de una sólida identidad a las nacientes universidades.

La universidad actual, y también la que se nos avecina con Bolonia, se ha concentrado tanto en proporcionar profesionales competentes para el mercado que se ha olvidado de fin supremo de la educación: la formación integral del hombre. «La Universidad –escribe el filósofo Carlos Baliñas– debe formar hombres humanistas, hombres a quienes –según la divisa– nada humano les sea ajeno; tecnólogos de la propia Humanidad; personas con una cosmovisión a nivel de su época, pero también con un punto arquimédico fuera de ella; hombres capaces de suministrar a sus contemporáneos el cupo de criterios, valores y virtudes que en cada momento convengan. En fin personas con sensibilidad para todo eso que los romanos llamaron con la palabra *humanitas*»⁹.

El término «humanismo» comienza a usarse a comienzos del siglo XIX, en referencia primero a una educación que incluía a los autores clásicos de la cultura greco-latina. Lo utilizan después los historiadores alemanes para referirse a los humanistas renacentistas de los siglos XV y XVI. Tal como nos decía Carlos Baliñas, «el concepto de *humanitas* se tomó de Cicerón, quien al llamar a las diversas manifestaciones de la cultura griega ‘humanidad’ (...) interpretó el concepto (...) con un claro sentido educativo. Es decir, Cicerón entiende por esa palabra el conjunto de las artes y las letras de los griegos en cuanto expresa un ideal del hombre. En cierto modo, la *humanitas* latina corresponde a la *paideia* griega»¹⁰. Es un término que evoca lo que se denominaba en la época renacentista *studia humanitatis*: un ideal educativo y político que comprendía «el desarrollo de la virtud humana en todas sus formas y en toda su amplitud con la pretensión de conseguir un delicado equilibrio entre acción y contemplación»¹¹. Hoy perviven tres acepciones fundamentales de este término. En primer lugar, el humanismo entendido como un ideal de vida, caracterizado por el pleno desarrollo de las virtudes humanas. En segundo lugar, humanismo entendido como una orientación antropocentrista: «el hombre es la medida de todas las cosas». En tercer lugar, se habla de humanismo como expresión sinónima del concepto de Humanidades, las ciencias humanas o ciencias del espíritu, en terminología alemana. Una universidad humanista es aquella que aspire a una formación integral de la persona, entendiendo por tal concepto el desarrollo de la virtud humana en todas sus modalidades y en toda su radicalidad. Lo que significa que, además de los propios conoci-

⁹ BALIÑAS FERNÁNDEZ, C. A.: Op. Cit., pp. 54-55.

¹⁰ CERVIGÓN MARCOS, F.: «Humanismo y formación universitaria», en CERVIGÓN MARCOS, F. et al. (eds.): *Una visión de la Universidad*, Universidad Monteávila, Caracas, 2001, p. 102.

¹¹ Op. Cit, pp. 102-103.

mientos específicos de los estudios profesionales importan además los valores, valores y conocimientos que nos convierten en personas capaces de comprender los problemas en sus diferentes planos, que nos dan la visión más amplia, ejerciendo la profesión en un sentido integrador. «La formación humanística no es solamente un complemento cultural conveniente o incluso, en cierto sentido, necesario, sino que forma parte inseparable de la utilidad, prestigio y eficacia con que un profesional debe cumplir su compromiso con la sociedad a cuyo servicio deberá estar disponible»¹². Es, justamente, la formación humanística la que otorga una verdadera dimensión universitaria al egresado.

La universidad actual es fruto de las transformaciones que el pensamiento humano experimenta con la aplicación de los paradigmas moderno, ilustrado y científico-positivo. En el primer caso, la confianza en la mera razón de las filosofías moderna y, sobre todo, ilustrada, instauró un orden inmanente en el mundo humano. La proyección espiritual del hombre hacia la trascendencia quedaba truncada, lamentablemente sin ofrecerle nada a cambio para llenar sus ansias de inmortalidad y los valores profundos que la religión aportaba. La única verdad que cabe buscar es la del conocimiento con la ayuda de la mera razón. Está a punto de perecer el ideal de la búsqueda y transmisión de la verdad para ser substituido por el ideal más ajustado a las posibilidades del hombre de un conocimiento dentro de los límites de la mera razón. Una actitud intelectual que, en realidad, se aleja de la propia esencia humana, tal como nos recuerda Benedicto XVI en su discurso a los universitarios, con motivo del I Encuentro Europeo de rectores y docentes de las universidades europeas (Roma, 23 de junio de 2007). «El antropocentrismo que caracteriza a la universidad –escribe el Santo Padre– no puede separarse jamás de un reconocimiento de la plena verdad sobre el hombre, que incluye su vocación trascendente»¹³. De tal manera que, más que promover una razón ensimismada y solipsista lo que el hombre de ciencia y el universitario, en particular, debe promover es una ampliación de la razón que incorpore la fe. Y ello por dos razones: en primer lugar, porque desde la fe se atiende la propensión del hombre a la trascendencia; y, en segundo lugar, porque la fe ha sido históricamente una de las fuentes de conocimiento que ha dotado de identidad y valores a la cultura occidental. Un asunto magistralmente expuesto por Juan Pablo II en su 13ª Carta Encíclica *Fides et Ratio* y al que también se refiere Benedicto XVI en su Discurso a los Universitarios «una interpretación correcta de los retos planteados por la cultura contemporánea, a igual que la formulación de respuestas significativas a

¹² Op. Cit., p. 143.

¹³ BENEDICTO XVI: «Discurso de Benedicto XVI a los participantes en el I Encuentro de rectores y docentes de las universidades europeas»; en *Revista Cristianismo, Universidad y Cultura*, año VIII, nº 15, junio 2007, p. 20.

dichos retos, debe llevar a cabo un enfoque crítico de los intentos –mezquinos y, en el fondo, irracionales– de limitar el alcance de la razón. Al contrario, el concepto de razón precisa verse ‘ampliado’ para poder explorar y abrazar aquellos aspectos de la realidad que trascienden el ámbito meramente empírico. Esto deberá postular un enfoque más productivo y complementario de la relación entre fe y razón»¹⁴.

Pero históricamente no ha sido así. Al contrario, el triunfo del empirismo fue apabullante. Y, así, el siglo XIX es el siglo del positivismo filosófico. La ciencia comienza a reverenciarse como solución definitiva a los problemas de la humanidad. Pero es también el siglo del materialismo marxista y del nihilismo nietzscheano, filosofías de la sospecha, de acuerdo con el calificativo empleado por el filósofo francés Paul Ricoeur. Ahora importa la tierra y los valores de la tierra. E importa igualmente estimular la lucha de clases como motor de la historia: solo agudizando las contradicciones de la sociedad burguesa podremos llegar una situación revolucionaria en la que el proletariado instaure la sociedad perfecta, un nuevo paraíso terrenal. Las universidades no se van a ver libres de la influencia de estas filosofías deicidas, que generan a la vez movimientos sociales y políticos. Es, sin embargo, el cientificismo decimonónico y su posterior adhesión a la tecnología como su resultado más apreciable el que ejercerá una mayor influencia en la universidad del siglo XX y de principios del siglo XXI. La tecnociencia cautiva al hombre con avances espectaculares hasta el punto de renunciar a pensar hacia dónde camina la ciencia y la técnica y quién las guía. La ciencia y la técnica se convierten en una suerte de ideología, tal como advierte el filósofo Jürgen Habermas y nadie se atreve a cuestionarlas. Incluso la propia filosofía debe ceder su puesto de preferencia para pensar el mundo, al fin y al cabo «todas las construcciones pretendidamente racionales que intentaban explicar el mundo, el hombre y Dios, desde Descartes hasta Marx, han resultado fallidas y de ahí ha brotado el pesimismo ambiental: ni se sabe ni se puede saber nada. A eso es a lo que de manera genérica se suele llamar Postmodernidad»¹⁵. Algunos eligen entonces la filosofía del aquí y del ahora, del *carpe diem* o del sensualismo. Ya no hay verdades: hay tan solo apetencia y el deseo desenfrenado nos lleva a un consumo exacerbado de cosas que, en realidad, no necesitamos. Vivimos de impresiones efímeras, de sentimientos coyunturales y de placeres efímeros.

Todas estas corrientes filosóficas se han infiltrado en la Universidad hasta despojarla de la verdad como fin unitario de dicha institución. La universidad se convierte en «un conjunto de escuelas independientes (...) sólo artificial y extrínsecamente unidas por una administración común que acaba devorándolas ya que en lugar de que

¹⁴ IBID.

¹⁵ BARRIO BARRIO, J.: *Peregrinando en esperanza. Lectura creyente de la realidad actual*, ITC, Santiago de Compostela 2007, p. 21.

gobierne la academia, se invierten los papeles quedando ésta arrodillada en función de los sistemas administrativos cada vez más burocratizados y aniquiladores. Hoy en día es patente el hecho de que en muchas ‘universidades’ los académicos acaban al servicio de los sistemas administrativos, desviándose totalmente de su función de investigación, contemplación y docencia de la verdad»¹⁶. Lo que eran medios acaban convirtiéndose en fines y la universidad queda por completo desnaturalizada.

CONCLUSIÓN

¿Qué nos reserva el futuro? ¿Es posible una visión esperanzadora de la universidad y del hombre al que debe formar e informar? Me gustaría terminar con cierto optimismo. Para ello permítanme que mencione a continuación un fragmento entresacado del último libro del Arzobispo de Santiago de Compostela, Mons. Julián Barrio. «En la cultura de hoy –nos dice–, en medio de las crisis axiológicas e ideológicas, a pesar del relativismo y del escepticismo circundante, a pesar del materialismo y del economicismo que dominan las sociedades ‘avanzadas’, existe aún la luz suficiente para poder, si se quiere, construir un humanismo en el que la persona sepa, quiera y pueda vivir como persona. (...) Para cualquiera que conozca la historia, lograr un estatuto teórico y práctico para la persona de tal forma que pueda alcanzar situaciones cada vez más humanas y humanizadoras, es de todo imposible si se prescinde de Dios. La humanidad busca, espera y necesita absolutamente a Dios. Por eso, si se margina a Dios se margina al hombre»¹⁷.

Después de tantas corrientes immanentistas, agnósticas y relativistas que han moldeado la universidad en los últimos siglos, abrir las puertas a un nuevo humanismo, que respete al hombre como ser trascendente que aspira a la verdad, reportaría un doble beneficio a la universidad. En primer lugar, volver a dotarla de una identidad y finalidad específica al recomponer un corpus universitario, esto es, la integración de todos los saberes en una visión más profunda y auténtica del hombre y de su mundo. En segundo lugar, si la universidad tiene como misión la búsqueda integrada de la verdad es obvio que sólo una visión amplia de la realidad humana, una visión humanista, permitirá cumplir a la universidad con su verdadero fin y con su misión específica. De poco vale una ciencia que no está al servicio de la persona humana. Y, pensar

¹⁶ OCAMPO PONCE, M.: «El papel de la universidad en la promoción del auténtico humanismo», en X Congreso Nacional, Sociedad Mexicana de Filosofía, Universidad Simón Bolívar, octubre de 2007 (www.filosofia.com.mx).

¹⁷ BARRIO, J.: Op. Cit., p. 23.

la ciencia o en general los conocimientos científicos, implica una recuperación de las disciplinas humanísticas que tiene la visión más amplia y la responsabilidad de formular las cuestiones últimas, tarea de la que se ha ocupado desde sus inicios la filosofía. De esta manera deberíamos hablar de calidad universitaria si se dan las tres siguientes condiciones: respeto y estímulo al ejercicio de la libertad y respeto a los derechos de las personas; recuperación de la pasión por buscar la verdad como fin primordial de la educación superior, aspecto que nos podrá salvar de relativismo que caracteriza la universidad actual; y, en tercer lugar, competencia intelectual y autoridad moral del cuerpo de profesores»¹⁸. Un aspecto al que se refiere también Benedicto XVI cuando exhorta a los universitarios a construir la «civilización del amor». «En Europa, al igual que en otros lugares, –nos dice el Santo Padre– la sociedad necesita con urgencia el servicio a la sabiduría ofrecido por la comunidad universitaria. Este servicio se extiende también a los aspectos prácticos de encauzar la investigación y la actividad a la promoción de la dignidad humana y la abrumadora tarea de construir la civilización del amor»¹⁹. Desde estas premisas, la universidad podrá cumplir dignamente con la función rectora y renovadora de la sociedad, más allá de cualquier concepto de elitismo o de partidismo político. «La educación del ser humano no puede limitarse a una mera adquisición de informaciones y enseñanzas útiles y necesarias que le convierten en una persona instruida técnica y humanamente competente en las tareas que la sociedad plural exige. Si lo que pretende es que la persona alcance su fin, es preciso conceder a la educación y a la formación intelectual y moral el lugar que le corresponde dentro de la formación integral del hombre»²⁰.

Por todo ello quisiera terminar invitando a los universitarios a vivir la universidad a contracorriente de los tiempos. A descubrir el regocijo del saber, no sólo de nuestras disciplinas y materias, sino de todas las que puedan iluminar su capacidad de discernimiento y hacer madurar sus valores morales. A descubrir que la educación no termina nunca porque la verdad es trascendente. Es esta perfección personal del hombre la que les hará verdaderamente libres, pues nadie puede ser más libre que el hombre bien educado.

¹⁸ Cf. CERVIGÓN MARCOS, F.: Op. Cit., p. 146.

¹⁹ BENEDICTO XVI: *Discurso a los universitarios*, p. 21.

²⁰ OCAMPO PONCE, M.: «El papel de la universidad en la promoción del auténtico humanismo», en X Congreso Nacional, Sociedad Mexicana de Filosofía, Universidad Simón Bolívar, octubre de 2007 (www.filosofia.com.mx).